



ECOS DE LA PALABRA

Por Javier Castillo, sj

Todo acto de amor es salvífico

Reflexiones sobre el Evangelio de Mateo 22, 34-40 (30º Domingo del Tiempo Ordinario - Ciclo A – 29 de octubre de 2017)



Permitidme iniciar esta reflexión con una confesión: comenzaba el ya lejano 1984 cuando, por bondad de Dios y de la Iglesia, inicié los estudios de teología. Orientado por unos excelentes maestros –unos más que otros- fui descubriendo la hondura de la vida de Dios a través del contacto con la Sagrada Escritura y de las reflexiones de eminentes teólogos sobre Jesús, la Iglesia, los sacramentos, la moral, etc., etc. El universo del conocimiento teológico me

atraía, me seducía y me lanzaba a la aventura de buscar sin descanso el horizonte inconmensurable de la revelación de Dios. Hoy, 33 años después, miro con gratitud esos tiempos de rigor científico y exigencia académica, aunque, -sin detrimento de mi respeto y mi valoración por la ciencia teológica-, confieso que en no pocas veces me sumergía en las elucubraciones y los razonamientos sobre Dios más que en **sentir y gustar** la experiencia de reconocerlo y experimentarlo como Padre y Señor de la vida y de la historia, de mi vida y de mi historia.

Con los años he ido descubriendo que lo de Dios es mucho más sencillo y que la clave para conocer su vida y su mensaje no está en la mucha ciencia sino en abrir grandes espacios en el corazón para sentir y gustar a Dios, un Dios que se define como **AMOR** y que nos llama a ser sus testigos entre los hombres y las mujeres de nuestro tiempo. Este es precisamente el núcleo de la buena noticia que nos revela Jesús: Dios, el absolutamente Otro en la experiencia del Antiguo Testamento, se hace cercanía, acogida, compasión, misericordia... porque es Abba, porque es Padre, porque Dios es amor.

Esta semana, caminando cerca de la Catedral de Las Palmas, Dios me confirmó esta intuición. Me encontré con un asiduo a nuestra Iglesia, **Luis**, quien me preguntó: Don Javier, ¿todo acto de amor es salvífico? Por la prisa que llevaba solo atiné a contestarle con un lacónico “depende”. Pero luego, pasando esa frase de Luis por mi corazón se esfumó la palabra depende y surgió el sí porque el amor habla de Dios y, cuando éste es sincero y limpio, siempre querrá el bien del amado, como lo hizo Jesús. La teoría me suscitó el depende, la experiencia del encuentro gratuito, el sí.

En profunda coherencia con ese ser de Dios se inscriben los mandamientos que hemos de vivir sus hijos y discípulos como ayudas para ser fieles al pacto de amor sellado entre Él y nosotros. Para Jesús el mandamiento principal es un triple amor.

“Amarás al Señor tu Dios...” Esta es la expresión de quienes reconocemos la centralidad de Dios y de su proyecto de salvación. Al vivir de manera incondicional este mandamiento afirmamos que el Padre Dios es el único absoluto de nuestra existencia y quien da sentido pleno a lo que somos y hacemos. Amar a Dios no es pues una actividad o una experiencia marginal en nuestra vida, es definitiva y central y por eso, cuando le manifestamos nuestro amor, se implica todo nuestro ser, en las palabras de Jesús: corazón, alma y mente.

“... y al prójimo...” ¿Cómo le decimos a Dios que le amamos? La primera forma es quizá la alabanza, la adoración y el ser capaces de estar largos ratos con Él disfrutando de su presencia. La segunda, es amando a los que él ama: a los hermanos y en especial a los más pobres. Este segundo amor es un componente sustantivo del mandamiento que nos revela Jesús. El amor que profesamos a Dios se debe traducir en actos concretos de amor a los hermanos, a los que yo me aproximo para hacer mis próximos, mi prójimo. El libro del Éxodo, en el trozo que la Iglesia propone para este domingo (22, 20-26), nos ofrece algunas concreciones: “No maltratarás al forastero, ni le oprimirás (...). No vejarás a las viudas ni a los huérfanos (...). Si prestas dinero a uno de mi pueblo, al pobre que habita contigo, no serás con él un usurero; no le exigiréis interés. Si tomas en prenda el manto de tu prójimo, se lo devolverás al ponerse el sol, porque con él se abriga”. No hay amor legítimo a Dios si olvidamos el amor a los hermanos. Estas dos partes del mandamiento son indisolubles.

“... como a ti mismo”. Este tercer amor está adherido al segundo, de hecho, no debería haber diferencia entre el amor al prójimo y a uno mismo de modo que lo que quiera para mí lo quiera para el otro, es la regla de oro del Evangelio. Ahondando un poco más, este tercer amor lo podríamos entender como la autoestima que nos invita a reconocer nuestros valores y talentos, no para creernos más, sino para ponerlos al servicio de la construcción del otro y de la comunidad.

Hay espacio para un cuarto amor que, aunque no aparece en el texto sagrado, Jesús estaría de acuerdo: **amar y respetar la creación** que es la casa común de todos y a través del cual nos solidarizamos con las generaciones que no han nacido.

Cuatro amores que nos ayudan a vivir al Dios que se ha revelado Amor. Ahora el reto: pasar del dicho al hecho, como dice San Ignacio: poner el amor en los hechos más que en las palabras.